

Algunas consideraciones teóricas y técnicas sobre la psicosis en la obra de Freud y Lacan

Some theoretical and technical considerations on the psychosis in the work of Freud and Lacan

Recibido: 26 de octubre de 2017 / Aceptado: 5 de Julio de 2018 / Publicado: 19 de octubre de 2018

Forma de citar este artículo en APA:

Rotte, G. G. (julio-diciembre, 2018). Algunas consideraciones teóricas y técnicas sobre la psicosis en la obra de Freud y Lacan. *Poiésis*, (35), 11-19. DOI: <https://doi.org/10.21501/16920945.2957>

Gerardo Gabriel Rotte*

Resumen

El siguiente artículo se propone visitar algunos conceptos teóricos referidos a la noción de psicosis tal como fueran definidos en algunos tramos de la obra de Freud y Lacan. Comprende, asimismo, algunos trazos sobre abordajes posibles de la clínica de la psicosis, atendiendo al posicionamiento que se puede extraer del recorrido teórico.

Palabras clave

Clínica; Nombre-del-Padre; Psicosis; Schreber; Testigo.

Abstract

The following article it proposes to re-visit some theoretical concepts referred to the notion of psychosis as they were defined in some sections of the work of Freud and Lacan. He understands, likewise, some outlines on possible boardings of the clinic of the psychosis, attending to the positioning that it is possible to extract from the theoretical tour.

Keywords

Clinic; Name of Father; Psicosis; Schreber; Witness.

* Becario alumno en investigación. Universidad Nacional de San Luis, Argentina – Facultad de Psicología. Correo electrónico: ger.rotte@gmail.com

Construcciones freudianas: Schreber y el sorprendente mundo de la psicosis

Pájaros que vociferan desde los árboles, hombrecillos “a medio hacer” que martillean en la cabeza, nervios femeninos que atraviesan el cuerpo y Dios en plena campaña de persecución de almas, entre otros fenómenos, atraparon el interés freudiano en 1910.

Quien manifestaba de estos delirios y alucinaciones, no era otro que Schreber, el presidente de la Suprema Corte, quien encontraba un exutorio para estos fenómenos escribiendo, recurso usual entre los paranoides, Lacan (1956/2006).

Un manuscrito de 500 hojas que introducen en el sorprendente mundo de la psicosis, pasando desde una fantasía de duermevela sobre “lo hermosísimo que es sin duda ser una mujer sometida al acoplamiento” a ser “la mujer de Dios” y restaurar el orden del mundo como intermediario entre la divinidad y los seres terrenales. Un testimonio objetivado de su relación con Dios, que no permite al lector ser parte de su experiencia sino solo corroborarla. Sobre ello recae el interés freudiano y son el puntapié de las teorizaciones sobre la psicosis.

La psicosis como falla en la defensa

Para Freud (1924/1977) la psicosis consiste en un quiebre del sujeto con la realidad, “una gran frustración, un deseo no cumplido de su infancia” (p. 157), un suceso que conlleva al encuentro del yo con una representación irreconciliable.

El yo, pobremente desarrollado y fijado libidinalmente a un punto temprano, no tiene a su disposición las defensas neuróticas –tal como sucede en la conversión histérica- por lo que recurre a un rechazo de la representación como modo defensivo. Esta representación rechazada o más propiamente “cancelada”, se encuentra adosada a un fragmento del yo.

Como corolario, representación y fragmento del yo se sustraen conjuntamente. Por lo que una parte de la realidad se pierde y la libido destinada a ella se repliega sobre el yo de manera intempestiva privando al psicótico de todo vínculo con el mundo, que se le ha vuelto “indiferente y sin involucramiento para él” (Freud 1911/1977, p. 65).

Esta sobreinvertidura del yo, conlleva a generar un delirio de grandeza que funcionara como apéndice en camino a la reconstrucción del mundo, vía producción del delirio.

En este sentido, las alucinaciones y delirios, síntomas restitutivos, resultan formaciones que se instituyen con el objetivo de volver a hacer lazo con el mundo, aunque no se trata ya del mundo “real” sino de uno reconstruido por él para que le resulte habitable.

Estos fenómenos constituyen el retorno desde afuera, de aquello cancelado adentro. Y aparecerán caracterizados por su certeza, su contenido bizarro y funcionarían como “parche” ahí donde el “mundo se sepulto”, donde “el tejido se desgarró”.

En efecto, siguiendo a Freud, la psicosis es una enfermedad de la defensa, que ante la frustración de un deseo y con el yo malogrado y avasallado por el ello, no puede lidiar con las mociones pulsionales que este emana y así se deja arrancar de la realidad.

El paso posterior será volver a dotar de sentido al mundo, operatoria ejecutada por medio de los delirios y alucinaciones. “Como un parche colocado en el lugar donde originalmente se produjo una desgarradura en el vínculo del yo con el mundo exterior” (Freud, 1924/1977, p. 157).

En Schreber se advierte un sujeto desbordado por el empuje de un deseo homosexual y acuciado por una fracasada paternidad. Representación irreconciliable y cancelada dentro, cuyo desenfreno pulsional lo *arrancará* del mundo, con el consecuente *sepultamiento* del mismo. Así se ufana en reconstruirlo merced al artilugio de un delirio cuyo contenido se circunscribía en torno de ser una mujer sometida a Dios que creará una nueva raza de hombres.

El psicótico, inanalizable

Ciertamente estas edificaciones schreberianas del mundo resultan extraordinarias por su expresión “a cielo abierto” del indómito palacio inconsciente que, del psicótico, el cual en tanto indomable resulta también inanalizable según la concepción freudiana del momento.

Si se quiere actuar sobre seguro, es preciso limitar la elección a personas que posean un estado normal, pues en el procedimiento psicoanalítico nos apoyamos en él para apropiarnos de lo patológico. Las psicosis, los estados de confusión y de desazón profunda son, pues, inapropiados para el psicoanálisis, al menos tal como hoy lo practicamos. No descarto totalmente que una modificación apropiada del procedimiento nos permita superar esa contraindicación y abordar así una psicoterapia de las psicosis (Freud, 1905/1977, p. 6).

En 1913, sobre la iniciación del tratamiento, Freud plantea la necesidad de establecer un periodo de prueba en el inicio del tratamiento psicoanalítico. La motivación de tal periodo obedece a la necesidad de efectuar un diagnóstico y conjuntamente, decidir si el analizante es apto para el análisis. En el texto citado, el autor, insiste en la importancia de realizar un diagnóstico diferencial que soslaye la posibilidad de un error práctico para el analista; equivocación que llevaría al analizante a perder su tiempo y desprestigiar el proceder terapéutico en tanto si se trataba, por ejemplo, de una parafrenia no habría posibilidades de sostener la promesa de una cura. En el curso de la teorización freudiana se repite estas advertencias respecto de la contraindicación para el método psicoanalítico del tratamiento de la psicosis.

Hay que reconocer que Freud *inventa* el psicoanálisis desde la lectura de los fenómenos históricos, es decir, desde el campo de la neurosis. Y su terapia, consecuente con sus teorizaciones, se circunscribe a dicho campo, el cual no alcanza para realizar un abordaje de las psicosis fundamentalmente porque el autor consideraba que estos sujetos tenían una marcada incapacidad para establecer transferencia. Transferencia que resultaba el motor de todo tratamiento psicoanalítico.

Haciendo esta salvedad, se reconoce igualmente, que en sus artículos se encuentran adarajas, cimientos, sobre los cuales Lacan retornara.

Construcciones lacanianas: dos posibles momentos de la clínica de la psicosis

El tratamiento que el concepto de psicosis recibe en Lacan puede ser circunscripto en dos momentos acordes a sus desarrollos teóricos. El primero encuentra su fundamento en el fracaso de la metáfora paterna y el segundo remite al desanudamiento del nudo borromeo.

Primer momento: El Padre es un significante

En el periodo comprendido entre 1932-1958, la psicosis es definida por lo no inscripto. Aclara que previa a toda simbolización “puede entonces suceder que algo primordial en lo tocante al ser del sujeto no entre en la simbolización, y sea, no reprimido, sino rechazado” (Lacan, 1956, p. 118).

Se trata de un elemento esencial, previo a toda verbalización posible, que no ha entrado en la cadena significante justamente por no tener lugar la represión.

A esto también refiere Freud y (como se citó en Lacan, 1955) al decir que el sujeto no quiere “saber nada de la Cosa, ni siquiera en el sentido de lo reprimido” (p. 25). Es un elemento que hace a lo más íntimo del sujeto, que en su encuentro produce una absoluta perplejidad, que no posee lugar en lo simbólico y por defecto, retornará en lo real.

Este significante, que posteriormente Lacan llamará Nombre del Padre¹, cuya función atañe a la castración, referirá a un elemento ordenador de la cadena que se desprende de la metáfora paterna.

$$\frac{NP}{DM} \cdot \frac{DM}{X} \rightarrow NP \quad \frac{(A)}{\phi}$$

Siguiendo a Vanier (1996) la metáfora paterna, en tanto realiza una operación metafórica,—sustitución de un significante por otro significante— interpela al deseo materno, deseo velado. Este DM o S1 que introduce al *protosujeto* a un universo significante, a condición de ser el falo de la madre, es remplazado por el Nombre del Padre – S2— significantes que son los de la Ley y del orden simbólico. De este modo “el deseo podrá mantenerse a partir de ese momento si se dirige a cualquier otro objeto que no sea la madre” (p. 43).

¹ Si bien hay claros indicios de este significante a la altura del Seminario 3 de Lacan. El Significante del Nombre-del-Padre será denominado como tal hacia seminario 4.

El Nombre del Padre, produce un corte, un barramiento, que da lugar a la significación fálica, condición sinequanon para que surja el sujeto del deseo. De no producirse esta operatoria, el sujeto quedará alienado en el deseo materno, en la imagen narcisista de la dual completud, cautivo de la relación con el otro.

Sobre esto último, recae el concepto de *forclusión*, mecanismo patognomónico de la psicosis, que diferencia estructuralmente psicosis de neurosis. Mecanismo que –al decir de Eidelsztein 2013 (como se citó en Carina C.R. 2014)- tiene una existencia particularmente temporal, que, en español remite a *preclusión*, a saber, “cuando una norma legal no se aplica en su momento, el que sea, luego no se puede aplicar, aunque sea pertinente, correcto y racional aplicarlo”

En resumen, la estructura se definirá por la presencia o ausencia del *Nombre del Padre*, la abolición de dicho significante dejará al sujeto fuera del discurso, pero no del lenguaje.

Esto es, que el psicótico habita el lenguaje, pues habla, pero “no puede *elegir* el sentido de sus palabras, ni tampoco diferenciar el sujeto del hecho discursivo (el que habla) del sujeto del hecho relatado” (Velásquez, 2013, p. 47).

Ahora bien, cuando el Nombre del Padre es convocado y frente a la inexistencia del mismo en el campo simbólico, retorna desde lo real con un efecto pleno de sentido que derrumba cualquier edificio psíquico ya construido.

Ya no se trata necesariamente de una frustración como planteaba Freud en 1924, sino que es acceder a un ideal absoluto (tener que posicionarse como partenaire sexual, ser padre, etc.), situación que demandará la aparición de aquel elemento inexistente.

Tal ausencia generará perplejidad, un momento de zozobra que no puede ser recortado por ningún otro significante, pues en su condición de significación plena, no remite a ningún otro significante. Se significa a sí mismo, es eso y sólo eso; se vuelve inefable; es al mismo tiempo el todo y la nada.

El encuentro con este *padre real* solo puede ser re- introducido al campo del sujeto mediante la *metáfora delirante*. No hay otro trato posible de aquello que adviene desde afuera (*lo imposible*) y conmueve toda la construcción del sujeto.

Se debe otorgar un sentido delirante al modo de voces externas que le hablan, lo llaman, lo denigran, le imponen quehaceres. Construcciones necesarias, según Lacan (1956) para que

Todo no se reduzca de golpe a nada, para que toda la tela de la relación imaginaria no se vuelva a enrollar de golpe, y no desaparezca en una oquedad sombría de la que Schreber – *el psicótico*- al comienzo no estaba muy lejos (p. 153).

Lacan (1956) refiere que: “El psicótico es un mártir del inconsciente, si damos al término mártir su sentido de ser testigo” (p. 190). Es decir, a diferencia del neurótico que brinda un testimonio encubierto del inconsciente que hay que descifrar, el psicótico se presenta como un *testigo abierto*, ignora la lengua que habla. Queda inmovilizado por el efecto del inconsciente siendo incapaz de articularlo metafóricamente, de integrarlo y comunicarlo por una cadena discursiva común.

Al respecto –dice Lacan–, el analista deberá contentarse con ser el *secretario del alienado*. “Ser su secretario es hacer un vacío para que el psicótico deje allí el testimonio de su locura. Ubicarse como un otro Otro y no como Otro del Otro, ya que daría lugar a ser tomado como el Otro gozador” (Giavino, 2014, p. 2).

Funcionar como el cuaderno en blanco de Schreber, conteniendo las múltiples vicisitudes de su progresivo andar delirante; procurando no ser quien cuestione su fundamento, quien abra enigmas sino facilitando el cierre de aquellas aberturas significantes que podrían amenazar el edificio fundado. Edificio que el psicótico pretende soldar en su discurrir delirante mediante neologismos, holofrases, entre otros recursos de sutura.

Segundo momento: Nudos y desencadenamiento

El segundo momento de teorización lacaniana sobre la cuestión de la psicosis debe ser abordado con el artilugio de los tres registros operando. Real, Imaginario y Simbólico, en el orden que se quiera, constituyen un conjunto de tres dimensiones o registros, que se encuentran en torno a un agujero y abrochados por un cuarto nudo que Lacan denominó “Sinthome”.

En el seminario 22 RSI, Lacan (1975/2006) postula de modo definitivo que el nudo borromeo es la estructura del parletre. Sucintamente plantea inicialmente una cadena borromea conformada por tres eslabones para luego avanzar hacia la proposición de un cuarto eslabón. Comienza, situando Inhibición, Síntoma y Angustia como efectos de intrusiones respectivas de un registro en el otro, para terminar, situándolos, en un nudo llamado nominación: Ni: Inhibición, Ns: Síntoma, Nr: Angustia. En el Seminario 23, siguiente al cuarto nudo lo llama “el Sinthome, que es también el padre en tanto que père-versión y que no es más que un síntoma o sinthome, como quieran” (p. 20).

Este anudamiento, produce una formación orientada a articular goces parciales y consistentes: fálico, de sentido y del cuerpo.

Se trata de un broche que sostiene el nudo y funciona de nominación, permitiendo un posicionamiento subjetivo desde el cual el sujeto puede ordenar su existencia: concebir su cuerpo como propio, una cierta consistencia en sus identificaciones, otorgar sentido a diversas situaciones, etc.

Orientado por la pregunta respecto de Joyce indica que la escritura, el arte habría venido a reparar en este sujeto la falla de un padre carente de su función. El sinthome resulta el único garante de la estabilidad de su estructura (Lacan, 1975).

En tal sentido, con la escritura nodal, pareciera que se anulan las diferencias entre cifra del síntoma, nominación en lo simbólico, en lo imaginario y en lo real, sinthome, pere-versión, Nombre del Padre, todos serían el mismo cuarto nudo.

Puede pensarse que, así como para Freud el cuarto nudo lo constituía el complejo de Edipo, para Lacan es el Nombre del Padre, “el complejo de Edipo llevado hasta lo mínimo”, sólo que anude.

En definitiva, el sinthome por excelencia es el Nombre-del-Padre, pero incluso este a veces falla en su completa función de anudamiento, obligando a suturas. En la neurosis, adviene el síntoma como remplazo buscando reforzar la ligazón de los registros.

En la psicosis cuando este anudamiento falla, lo que se produce es el desencadenamiento de los registros, un desenganche de las tres dimensiones, que dejan al sujeto a merced del encuentro con un goce del Otro, un goce sin regulación que invade toda esfera psíquica concebible.

Sus efectos pueden ser muy variados, así como devastadores para el sujeto, que inmerso en un estado de aturdimiento, resquebraja el lazo social, su cuerpo se vuelve extraño y el sentido errante.

Igualmente, la teorización lacaniana, contempla otras formas de nominación: indicando que no solo lo simbólico tiene el privilegio de los Nombres-del-Padre, no es obligatorio que la nominación este ligada al agujero de lo simbólico (1975).

En este sentido, se avanza sobre la idea de que un desgarramiento del orden de lo simbólico puede ser suplementado por vía de lo real, mediante un anudamiento pulsional; por vía imaginaria mediante una sobre-identificación o en lo simbólico mediante un significante amo – S1- que le permita al sujeto asumir un posicionamiento, “hacerse un nombre”.

Del sujeto inanalizable, al sujeto analizable

Con el tratamiento centrado en el nudo borromeo y en las posibilidades que ofrece el sinthome, el sujeto psicótico ya no aparece como parte de los inclasificables o intratables de la clínica, sino que resulta un cuadro factible de ser abordado desde la labor analítica, una presentación que marca un desafío para el profesional, un desafío ante el cual no hay que retroceder.

Esto significa una clara diferenciación respecto de la posición freudiana según la cual el sujeto psicótico resultaba impermeable a toda intervención psicoanalítica.

Al respecto, Imbriano (2010) indica:

La posición del analista vacilará entre el silencio de abstención cada vez que es solicitado como el Otro primordial que tiene todas las respuestas —negativa a predicar su ser—, y el de significante que funcionará como elemento simbólico que a falta de ley paterna puede construir una barrera al goce (p. 114).

La labor analítica supone la premisa de *no comprender*, evitando a su vez posicionarse en el lugar de Otro absoluto. Y operar a nivel significativo en pos de un ciframiento del goce. Un analista puede, entre otras intervenciones estabilizantes, funcionar como un *testigo del alienado, destinatario, secretario o garante*.

Como *testigo*, implica al analista como un lugar propicio para funcionar de relevo del testimonio del psicótico, augurando una apertura de dirección. Es una escucha sincera y abierta a los fenómenos, al discurso psicótico de modo que permita el alojamiento del mismo y no busque negarlo o borrarlo, posibilitando un apaciguamiento del goce. En este sentido, refiere a ser el primer posicionamiento del analista frente al encuentro con un sujeto psicótico.

En tanto *secretario*, el analista asume un rol administrativo respecto del mensaje que elabora el psicótico. Se ve compelido, a guardar sus secretos, a publicarlos, archivarlos, etc. En sí, se trata de operar el mensaje del psicótico, el secretario es una especie de servidor, que no escribe en su nombre propio.

De modo tal que, en cuanto *destinatario*, el analista, prestando su cuerpo y atestiguando, se ubica como receptor que hace las veces de quien controla las vías del ferrocarril, dirigiendo aquella desbordada manifestación de la transferencia sobre su persona, para actuar como un condensador de goce.

Ser el secretario, abre las puertas a ocupar el lugar de *destinatario*, así como el de *garante*. El Nombre-del-Padre, funciona como garante en las neurosis posibilitando una identidad que soporte su posicionamiento en el encuentro con las significaciones de la sexualidad y la muerte. En la psicosis, el mismo está forcluido, y como consecuencia el sujeto no tiene un garante para organizar su respuesta. Sobre este punto recae la función del analista, prestando su cuerpo, su presencia y su significativo, en tanto soporte para cifrar su goce.

El sujeto en el despertar de su psicosis, no busca en el lugar del analista la verdad, dado que ésta se le ha presentado irrumpiendo desde fuera de él. Verdad que aparece desde el exterior en un desdoblamiento y que se le impone como una certeza de que lo que está en juego le concierne.

De aquí que el analista no deba direccionar su camino en el sentido de descubrir si la palabra fue alucinada o no, porque de lo que se trata es del efecto de la palabra, que deja en un estado de estupor, de aturdimiento al sujeto.

Es por ello que el sujeto psicótico puede sentirse amputado de la palabra, casi al punto del mutismo. La función de la palabra no lo anuda y lo sumerge en un desenfreo del lenguaje sin capitonado, en el cual puede desaparecer. Pudiendo ser su demanda inicial, la de estar ligado a la palabra. En ese sentido, se le supone al analista, un saber hacer con la función de la palabra.

Es en el territorio de las psicosis, donde a cielo abierto, se expresa el desenfreno de un goce absoluto, que arrasa con el cuerpo y el campo del significante. Siendo en esa la lucha donde del psicótico se encuentra desamparado, que puede esperar que el psicoanalista este de su lado, brindando una armadura, que le posibilite sostener, amarrar, su existencia. Por eso es que cuando un psicótico toma a un psicoanalista como testigo, este no tiene libertad de elección en su respuesta.

El gran desafío para el analista será saber esperar que, del lado del sujeto, pueda advenir una invención que apunte al psicótico en su existencia de sujeto. Una invención que lo “nombre a”, encontrando un destino, en tanto un destino precisamente es un punto para que la existencia no sea solo un real (Imbriano 2010, p. 135).

Conflicto de intereses

El autor declara la inexistencia de conflicto de interés con institución o asociación comercial de cualquier índole. Asimismo, la Universidad Católica Luis Amigó no se hace responsable por el manejo de los derechos de autor que los autores hagan en sus artículos, por tanto, la veracidad y completitud de las citas y referencias son responsabilidad de los autores.

Referencias

- Carina, C. R. (20 de febrero de 2014). Pre jornadas: Conferencia Sustancia Gozante de Alfredo Eidelstein [Archivo de video]. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=Qdl6Nyb8ADE>
- Giavino, R. (2014). *Testigo de una psicosis. Jornadas Jacques Lacan y la Psicopatología. Psicopatología Cátedra II*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.
- Imbriano, A. (2010). *Las enseñanzas de la psicosis*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Lacan, J. (1975) *RSI. Lección del 15 de abril de 1975*. Inédito.
- Lacan, J. (2006). *El Seminario de Jacques Lacan. Libro 23. El Sinthome*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2009). *El Seminario de Jacques Lacan. Libro 3. Las psicosis*. Buenos Aires: Paidós.
- Vanier, A. (1996). *Elementos de una introducción al psicoanálisis*.
- Velásquez, J. F. (2013). *Las nuevas formas de las psicosis* [Mensaje en un blog]. Recuperado de <http://nel-medellin.org/las-nuevas-formas-de-las-psicosis>